

dió Mercurio, veréislo despues; y vuelvo á avisaros que si no dejais esas gallardías de estilo, lo habreis de pasar muy mal, señor repentista. *Sileo libenter*, dijo el poeta; y en estas y otras razones se hallaron en una pieza inmediata al salon de audiencia. Asomóse Mercurio y vió que aún no habia venido Apolo; y no hallando á quien poder confiar la guardia del coplero, tuvo que detenerse con él, mal de su grado.

El otro se paseaba por la sala á grandes trancos, haciendo una reverencia profundísima siempre que atravesaba delante de Mercurio, y esto lo repetia tantas veces que el dios le encargó que no lo hiciera, porque no gustaba de cumplimientos.

¡Qué variedad! ¡qué diferencia! ¡qué opuestos polos! exclamó entonces con voz recalcada y nasal: aqui desprecia un dios lo que en el mundo, en las cortes, en los palacios exigen los hombres de los otros hombres: ¡qué variedad! Y si fuera decir que por esto se consigue alguna cosa, vaya con mil demonios, *transeat*, todo pudiera tolerarse; pero ¡quién dirá que un hombre como yo, de tan exquisito mérito; de tan gigantes prendas, se ve menospreciado, burlado, desamparado, hambriento y obscurecido entre el

vulgo, *profanum vulgus*, sin que un *Mæcenas atavis*, magnánimo y liberal le haga surgir del abismo de miserias en que desgraciadamente yace? Yo he tratado con próceres, potentados, ministros y magnates de primera magnitud; ¿y qué he conseguido? ¡Animas benditas! ¿qué he conseguido? Díganlo tantos preciosos opúsculos que existen arratonados en mi guardilla, que jamas verán la luz pública: ¿y por qué? por la pobreza de su autor. ¡Oh pobreza! *Pauperiem pati*, que dijo el anónimo: esto es, *pauperiem*, la pobreza, *pati*, sea para ti que yo no la quiero: tan odiosa es la pobreza, que aun de los varones mas doctos es abominada.

¿Y qué obras son estas que conservo? ¿qué felices partos? ¡Ahí es nada! ¡ahí es un grano de anís lo que tengo escrito! Figúrese vuestra serenidad de primera entrada veinte y tres comedias, nueve follas, cinco tragedias, dos loas, cincuenta y dos sainetes tabernarios..... ¿Qué tal? digo, *quid tibi videtur?* Y esto únicamente por lo que toca al género bucólico: vamos ahora por lo lírico, épico, dramático, elegiaco, satírico, epigramático, didascálico y mixto.

Primeramente tres epopeyas concluidas y puestas en limpio, con su dedicatoria hecha á

prevencion, de á veinte y cuatro cantos por barba; esto es las epopeyas, no las dedicatorias, que juro por el nombre que tengo, que cada una, esto es, no las dedicatorias, sino las epopeyas, se puede reputar por una enciclopedia metódica, porque de todo tratan *usque ad satietatem*, y nada dejan al lector amantísimo que desear.

¿Y qué diré de mis piezas fugitivas? ¿qué diré sino que pasan de cuatrocientos mis sonetos, sin contar algunos que se me han escabullido por mor de no estar siempre mis faltriqueras bien acondicionadas, ni incluir tampoco los que acabo de hacer alusivos á mi prision, á la obscuridad de la carbonera, y á los cendales arácnos que me cubrian? ¿Pero qué sonetos! ¿qué madrigales! ¿qué romances! ¿qué estrambotes! ¿qué enigmas amorosos! Todos ellos ó la mayor parte, ya se ve, era preciso, son alabanzas, quejas, favores, zelos de mi Nise; y esta Nise, bendígala Dios, es una dama ideal, compuesta de retazos, en la cual he querido epilogar y unir cuantas perfecciones repartió en las demas la naturaleza. . . . ¿Ay mi dulce Nise! ¿ay idolatrada señora mia! Esta, pues, Nise predilectá (de la cual ya tengo sucesion, segun consta en el madrigal doscientos y cuatro de mi Coleccion manuscrita),

esta es la que encendió mi numen tímido, la que me ha inspirado, la que ha dictado modulaciones á mi ebúrnea cítara por espacio de cuarenta y cinco años; porque yo tendria diez y ocho y la mamada cuando resolví enamorarme de ella, y si mal no me acuerdo, voy á cumplir sesenta y cuatro para las vendimias.

Pero no siempre amarrado á la coyunda de amor, del crudo amor, que como llevo dicho vulneró mi corazon en los adolescentes años, he llorado desvíos, he manifestado inquietudes, he cantado sus breves y apetecidas victorias; no, que tal vez levantando mi voz á mayores objetos, al pulsar la acorde lira, alma del viento, me atreví á interrumpir la siempre acorde revolucion de los orbes celestes, causando universal trastorno en la naturaleza; y ved aqui, si quereis la prueba, unos cuatrocientos endecasílabos que compuse á la proclamacion de nuestro Soberano: dicen asi ni mas ni menos, *favete linguis*:

El dia diez y siete del corriente,
 Á cosa de las nueve ó nueve y cuarto
 De la mañana, se juntaron todos
 Los señores que estaban convidados.
 Y como era preciso, cada uno
 Llevó á la fiesta su mejor caballo;
 De manera que cosa mas lucida

Ni se ha visto jamas ni se ha pensado.
 Todos iban de gala, como digo,
 Con vestidos muy ricos, bien cortados,
 Los mas con bordadura, y los restantes
 Á cada cual mejor (si no me engaño.)
 Pues como llevo dicho, se dispuso
 La cabalgata, y luego muy despacio
 Cogieron y se fueron á la villa,
 Segun estaba ya determinado.
 Y al llegar á la puerta....

Basta, basta, dijo Mercurio, no me reciteis mas versos, que esos pocos me han parecido detestables, y me sospecho que los demas no serán mejores: callad por Dios, que tengo ya atolondrada la cabeza de oiros.

Atolondrado me vea yo á garrotazos, prosiguió el poeta, si esta composicion pindárica no es la mas acabada pieza que ha salido jamas de cabeza humana; pero ni el público la ha gozado hasta ahora, *proh dolor!* ni sé cuándo me veré con dinero para imprimirla. ¡Oh livor! ¡oh ignorancia! ¡oh siglo calamitoso y fatal á los alumnos de las musas! ¡Yo sin capa! ¡yo sin haber almorzado todavía! ¡yo debiendo cincuenta reales al P. Procurador del Carmen por los alquileres de mi desvan! ¡yo que he puesto en verso el *Flos Sanctorum de Villegas*, el *Roselli* y el *Sanchez*

de Matrimonio! ¡yo que he escrito un curso completo de artes y ciencias que puede ir en carta! ¡yo que he comentado los *Comentarios de Góngora*, y he traducido al castellano los *Prólogos de Huerta*, y me muero de necesidad! ¡Quién ha sido el coco de Madrid y sus literatos de muchos años á esta parte? ¡quién ha hecho callar á tanto hombron erudito, á tanto sonoro cisne, á tanto Anfon harmónico? Sí señor, debajo de mi cama tengo muchas obras de crítica, que aun manuscritas han dado terror al orbe; ¡qué sería, ¡oh Cilenio rauda! si hubieran sudado los tórculos para publicarlas? ¡Pero qué me canso en manifestar mi suficiencia exótica, si el mismo Apolo.... El mismo infierno con todas sus furias desatadas debeis de tener en esa boca, hermano, dijo Mercurio: ¡qué es esto? ¡No os he dicho ya que calleis? ¡Os estareis hablando hasta mañana, parlanchin ridículo? Por vida de Júpiter, que si descoseis los labios para decirme una sola palabra, os desuelle vivo á latigazos. ¡Cáscaras, y qué pesado es el pedanton, y qué insolente!

Parce domine, respondió el coplero; y no bien habia abierto la boca para decirlo, cuando el Alípede alzó el puño en ademan de descargar sobre su coronilla tal cachete, que él solo hubie-

ra dado fin á tantas locuras; pero lo estorbó un guardia que salió á dar la noticia de que ya Apolo esperaba al embajador.

Entraron pues en un salon magnífico y espacioso: el pavimento y las paredes eran de esquistos mármoles, la decoracion corintia, las basas y capiteles de sus columnas de oro purísimo, como tambien los adornos del cornisamento y zócalo, y en las bóvedas apuró la pintura todos los encantos de la ficcion.

Alli se veían los orígenes de las artes y los progresos del talento humano, muda historia, capaz de encender el ánimo y arrebatarle á la contemplacion de los objetos mas sublimes. En una parte se veía á los hombres fabricar chozas de troncos y ramas, de donde la arquitectura tomó las formas que dió despues á materias mas durables, variando segun la mayor ó menor consistencia de ellas la proporcion de sus edificios. A otro lado los egipcios daban principio á la geometría, señalando sus campos con términos de piedras hacinadas, para que el Nilo en sus inundaciones no alterase los conocidos límites. Otros señalaban en el suelo los contornos de la sombra, de donde tomó su origen la pintura, perfeccionándose despues lentamente con la invencion ca-

sual de los colores y la perspectiva, que apenas conoció la antigüedad. Otros cortaban la corriente de un rio fiados á un tronco mal seguro; una gran multitud admiraba desde la opuesta orilla el temerario atrevimiento, y las madres tímidas apretaban al pecho sus pequeñuelos hijos. Los árabes y caldeos observaban el aparente giro del sol, y en las serenas noches al planeta que recibe su luz, y los demas astros que la distancia nos amenora ó nos oculta. La escultura en otra parte ponía sobre las aras bultos informes que adoraba supersticioso el temor, y mas allá los Fidias, Lisipos y Praxiteles daban á los mármoles y bronces tan elegante forma, que en algun modo parece que el arte disculpaba la idolatría. Alli Orfeo reducía á los hombres en vida social, les daba leyes y les persuadía la necesidad de un culto religioso. Confucio enseñaba virtudes morales á los remotos chinos. Eaco, Radamanto, Minos, Solon, Licurgo y Numa establecian leyes, gobernando en justicia y paz nuevas repúblicas; y á mas distancia se veían florecer las ciencias y las artes á la sombra de la libertad. Alli estaba representado el padre Homero, á quien rodeaban con admiracion los poetas de todas las naciones y todos los siglos. Píndaro al son de la lira cele-

braba con sublime verso las victorias istmias y olímpicas, y eternizaba el nombre de Hieron. Simónides cantaba tiernas elegías. Alceo de Lesbos, añadiendo nuevos sonidos á las cuerdas griegas, hacia aborrecible entre los hombres el despotismo de los tiranos. Safo, desgraciada en amor, se precipitaba del promontorio de Leucate al mar, y repetía muriendo el nombre de su ingrato Faon; en tanto que Anacreon de Teos, coronado de pámpanos, con la copa en la mano, danzaba alegre al son de las flautas entre las Gracias y los Amores. Allí acudía la juventud de Grecia á escuchar en las Academias, el Liceo y el Pórtico, las austeras lecciones de la moral; y no muy lejos se levantaban teatros magníficos para declamar con el auxilio de la música las grandes obras de Eschilo, Sófocles y Eurípides, que alternaban con las del atrevido Aristófanes, á quien Menandro siguió despues para obscurecer la gloria de cuantos le habian precedido. En otra parte Demócrito y el divino Hipócrates reclinados junto á un sepulcro ya destruido, conversaban profundamente á la sombra de unos cipréses mústios sobre la física del cuerpo animal, la brevedad de la vida, los acerbos males que la rodean, y los cortos y falaces medios que ofrece el arte para

dilatar su fin; y mas allá Demóstenes desde la tribuna de las arengas conmovía al pueblo ateniense, le persuadía por algunos instantes á sacudir el yugo macedónico; excitaba en él estímulos de valor, recordándole las épocas gloriosas de sus triunfos, los nombres santos de Milciades, Conon, Cimon y el justo Aristides; y oponiéndose por una parte á todo el poder de Filipo, y por otra á la envidia, la calumnia atroz y la inconstancia de un vulgo corrompido é ingrato, veía á pesar de su elocuencia irresistible perecer para siempre la libertad de su pais, y perecia con ella.

En el testero del salon habia un trono riquísimo, y en él estaba Apolo: siete de las musas le acompañaban inmediatas al solio, y los mas célebres poetas españoles, segun la edad en que florecieron, así ocupaban por su orden las sillas.

Si mucho se admiró el coplero de aquel aparato y magnificencia, no menos se admiraron todos los demas al ver su figura ridícula, porque era el hombre la mas triste vision que imaginarse puede: reviejuelo, arrugadito, moreno, remellado, tuerto de un ojo, romo, calvo, algo tiñoso, chiquirritillo y contrahecho; si bien es verdad que le desfiguraban en parte las barbas,

el sudor negro, el polvo, el cisco y las telarañas que le cubrían el rostro. Revolviase en unas bayetas pardas, raidas y llenas de chorreaduras de aceite y caldo, con un ribete de arambeles por las orillas á modo de randas ó cucharetero; sus movimientos eran mas vivos de lo que su edad prometia, la accion teatral, y la voz gangosa, chillona y desapacible.

Este es, dijo Mercurio á su hermano, el que he podido agarrar entre aquella turba: él te dirá lo que deseas saber. Y acercándose á él le dijo al oido: mirad, señor, que aqui no os sufrirán disparates; decid claramente quiénes son los del portal, y á qué es su buena venida, sin andarnos en mas repulgos, porque si así no lo hicieréis, témome mucho que mi hermano os mande freir y echar á los perros, segun le he visto de mal humor esta tarde: y habiendo dicho esto, se fue volando á observar lo que pasaba en la escalera.

El poetastro encarándose con Apolo, le hizo tres grandes cortesías, y quedó aguardando el permiso de hablar. Diósele Apolo, y él comenzó á delirar de ésta manera:

Reverberante Numen, que del Istro
Al Marañon sublimas con tu zurda,

Al que en ritmo dulcisono te urda
Elogio al son del címbalo y del sistro:

Si la alígera prole de Caistro

Blandos ministra acentos á mi burda

Harmónica pasion, ¡ay! no te aturda

Ver rompo de tu tímpano el teristro.

La nubígena Dea en alto plaustro,

Ungiendo el nervio de oloroso electro,

Me lleva en alas del Ouest y el Austro.

Y hurtando á las Memnósides el plectro,

Hoy me intromito en el fulgente claustro,

Obstupefacto, á venerar tu espectro.

Reventaba Apolo entre la indignacion y la risa: las musas se tendian por los suelos dando exorbitantes carcajadas: los poetas se miraban unos á otros sin saber lo que les sucedia, y el badulaque muy satisfecho se disponia á proseguir disparatando en culto; pero Francisco de Rioja que estaba inmediato, le dijo: ved, señor enviado, que Apolo nuestro amo no os llama aqui para que le declameis versos tenebrosos; lo que únicamente quiere es..... ¡Ah! dijo el de las sopalandas, ya sé lo que quiere, no hay para qué decírmelo, que ya lo he comprendido; lo que quiere es otro soneto con los mismos consonantes: pues allá va, hijo de Latona, escuchadme benévolo:

Dios rutilante, que del Ebro al Istro
Proteges, honras al que versos urda,

Rauca mi lira atiende tosca y burda,
 Simil no mucho á resonante sistro.

Que si tal vez alado el de Caistro
 Pájaro dulce en la ribera zurda,
 Hace canoro que fugaz aturda
 Su voz, rompiendo el diáfano teristro;
 No ya disimil yo, si el Indio electro
 Prestarme gustas, que veloz al Austro
 Sones encarga de curvado plectro,
 Métricos mucho al eminente claustro
 Llevaré ritmos ¡oh divino espectro!
 Que el zenit giras en ebúrneo plaustro.

Ola, ministros, dijo Apolo, al instante coged á ese hombre, atadle y enviádele á Pluton con un recado mio, para que se le entregue á los genios tartáreos y le atormenten con los suplicios mas atroces. ¡Qué desvergüenza, venir á hacer burla de mí! Llevadle, digo, no quiero verle.

Esto decia el dios bermejo con tales ademanes, que manifestaban demasiado su cólera; pero las musas, compadecidas de aquel infeliz, ó sintiendo se malograrse el fin á que era traído, ó deseosas de divertirse oyendo sus desbarros, intercedieron por él con el mayor empeño.

Costó mucha dificultad aplacar á Apolo; pero al fin se moderó algun tanto, habiéndole pro-

metido todos en nombre del tuerto, que no volveria á decir mas versos, sino que en prosa llana y pedestre relataria cuanto era menester; y él mientras esto sucedia, estaba abocinado en el suelo hecho un ovillo, sin rebullirse ni alentar siquiera, imaginándose ya arrebatado á los infernos, y dando hervores en las calderas de pez, alcrebite y plomo, donde se rehogan los comerciantes por menor, las viejecitas que azuzan, y los administradores que desuellan. Ya llevaba compuestas dos estancias de una cancion estigia que pensaba recitar á Tesifone luego que llegase, en que la alababa de linda, y de la mas jovencita y agraciada de todas las furias; pero á este tiempo le levantaron entre Figueroa y Don Juan de Jáuregui, los cuales volvieron á predicarle de nuevo lo que debia hacer para no incurrir en la indignacion de Apolo.

Haré cuanto me decís, respondió despues de haberse compuesto los hábitos, haré cuanto Febo ordena, y omitiré los episodios y partes de adorno, usando en mi narracion un estilo medio, ya que el sublime ha merecido tan equívoco aplauso. Soberano Delio, Titan radiante, prodigio délfico, deidad esmíntea, el suceso es este.

Yo aunque indigno, y mis compañeros los

del zaguan, somos alumnos vuestros: la divina Poesis fue nuestra delicia desde los años infantiles: hemos elaborado opúsculos admirables, tremendos, hijos al fin de vuestra sacra inspiracion, basta esto, *sufficit*, para noticia preliminar; pero reflexionemos.

¿Qué es Poética? El arte de hacer coplas. ¿Qué son coplas? Unos montoncitos de líneas desiguales, llamadas versos. ¿Qué es un verso? Un número determinado de sílabas. ¿Qué dificultad ofrece su composicion? Los consonantes. ¿Cómo se adquieren estos consonantes? Comprando un Rengifo por tres pesetas. ¿Qué otra cosa es necesaria ademas de esto para hacer cualquiera obra poética digna de la luz pública? Un poco de práctica, y otro poco de poca vergüenza.

Pues ahora bien: supuesto que nosotros sabemos hacer coplas en verso aconsonantado, que tenemos cada cual nuestro Rengifo, que hemos pasado toda la vida en esta ocupacion, y que altamente persuadidos del mérito de nuestras obras, no dudaremos ofrecerlas por modelo al orbe que las admira, y á las generaciones futuras que han de anonadarse al verlas; ¿qué nos falta para llamarnos alumnos vuestros? ¿Quién nos disputará

este honor? *Dicite Pierides*, en tanto que yo prosigo hilvanando premisas y consecuencias.

Siendo poetas, como lo somos sin remedio, ¿cuál debe ser nuestro egercicio? ¿Tejer esteras? ¿coser zapatos? ¿alquilar camas? ¿vender achicorias? Claro es que no: claro es que son indignas ocupaciones de los grandes genios aquellas que por útiles y honestas estan reservadas al ignorante vulgo: asi pues, siendo poetas, debemos poetizar y no otra cosa: debemos ilustrar á la nacion, y ella debe coronar nuestras fatigas con premio digno, dándonos la mitad en aplausos, y la mitad en pesos duros.

Pero esta nacion ingrata, ni nos da de comer ni nos aplaude, mientras nosotros procurando su felicidad y su gloria la enriquezemos diariamente, semanalmente, mensualmente, continuamente de conocimientos profundos; sin los cuales la racionalidad hubiera dado en España un estallido segun la hemos visto decadente y mal parada.

Nosotros, en fin, hemos sostenido el honor de la lira (*barbitos polycordos*, que dijo el griego) cantando y llorando (*canentes et flentes*, que hubiera dicho el latino) en todas las ocasiones en que el hado, ya favorable ya protervo, envió á la patria prosperidades ó desdichas.

Se ajustó la paz, coplas á la paz: nacen los Gemelos, coplas á los Gemelos: nace nuestro Príncipe Fernando, coplas á D. Fernando: se hace el bombardeo de Argel, coplas á las bombas; en una palabra, casamientos, nacimientos, muertes, entierros, proclamaciones, paces, guerras, todo, todo ha sido asunto digno de nuestra cítara.

¡Pero con qué novedad, con qué acierto lo hemos sabido desempeñar! ¡Qué felices invenciones las nuestras! ¡oh qué felices! ¡oh huevos de Leda, huevos benéficos y de inestimable valor! ¡Oh Jacob y Esau! ¡oh Rómulo y Remo! ¡Con qué oportunidad la Providencia os hizo nacer de una ventregada! ¡Y con qué gracia nosotros, sin reparar en frioleras, parangonizamos mellizos á mellizos, haciendo saber al mundo que nuestra Princesa habia dado á luz un Esau brutal, un Rómulo fratricida, y lo que es mas lindo (porque al fin todo iba dentro del par de huevos mitológicos), una Clitemnestra y una Helena disolutas, pérfidas y crueles, que todo esto dijimos, muy arropados con nuestra licencia poética, en elogio de los dos malogrados Infantes, *infandum Regina jubes*, como dijo allá el filósofo:

¡Y qué diré del sutil arbitrio que discurrimos para formar las fábulas de nuestros poemi-

tas? Arbitrio que pareció tan cómodo, que todo poeta de bien y timorato le ha escogido para sí, y trazas llevan de no soltarle hasta la consumacion de los siglos. ¡Soberano arbitrio que ahorra mucho tiempo, y muchos polvos de tabaco, y mucha torcida al candil! Arbitrio con el cual se forma en un guiñar de ojos cualquier poema, pues á todos viene como llovido: ¿se trata por ejemplo de alabar algo, de profetizar algo, de llorar algo, de referir algo? El poeta no tiene mas que acostarse y apagar la luz. Á media noche se le aparece un trasgo, una ninfa ó cualquiera otro personage alegórico, con gran concurso de geniezuelos alrededor; y este tal personage reprende al vate su modorra y su pigracia, le manda que se levante inmediatamente y que escriba esto, y aquello, y lo de mas allá, y de este modo le informa de cuanto hay que saber en el caso; de suerte que desaparecer la fantasma, despedirse el poeta del lector pio, y acabarse el poema, todo es á un tiempo. Sobre este molde de aparicion hemos compuesto de once años á esta parte cuantas obras se han necesitado para el surtido de las esquinas; con la sola diferencia de que á un poeta le pilló la vision acostado y sin cenar, al otro paseándose á la orilla